

Antonina Rodrigo

MARÍA LEJÁRRAGA
UNA MUJER EN LA SOMBRA

Introducción de José Prat
Prólogo de Arturo del Hoyo

Edición de Amelina Correa
y
Juan Carlos López Gamboa

GRANADA
2 0 2 4

- © ANTONINA RODRIGO
- © DE LA PRESENTE EDICIÓN: AMELINA CORREA Y JUAN CARLOS LÓPEZ GAMBOA
- © DE LA INTRODUCCIÓN: JOSÉ PRAT
- © DEL PRÓLOGO: ARTURO DEL HOYO
- © CARTAS DE MARÍA LEJÁRRAGA A JUAN NEGRÍN: FUNDACIÓN JUAN NEGRÍN
- © IMAGEN DE LA CUBIERTA: ARCHIVO MANUEL DE FALLA
- © UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN Editorial Universidad de Granada: 978-84-338-7338-5

Depósito legal: Gr./86-2024

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tarma. Estudio Gráfico. Granada

Imprime: Comercial Impresores. Motril. Granada

Printed in Spain / Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A la memoria de mis padres y de mi hermano Augusto,
de Marie Laffranque, Dolors Palau, Montserrat Roig,
María Lacrampe, José Prat, Arturo del Hoyo y Manuel
Vázquez Montalbán.*

A Jaime, María Teresa y Margarita Lejárraga.

A Sara Berenguer.

A mis hermanas.

A Eduardo.

ÍNDICE

La presente edición, Amelina Correa	11
Introducción, José Prat	15
Prólogo, Arturo del Hoyo	19
El esplendor de la infancia	25
El teatro, ámbito de encuentro	39
El Modernismo	49
Tiempo de esperanza	63
<i>Tú eres la paz</i>	77
La casa de la primavera	99
<i>Canción de cuna</i>	113
De feminismo	129
Libretista de música escénica	161
<i>El amor brujo</i>	181
La elegida	193
Teatro de Arte	199
Dependencia intelectual	225
Como barcas varadas	239
Un árbol plantado en una pradera solitaria	253
La República: «La alegría más grande de mi vida»	259
Asociación Femenina de Educación Cívica	275
Elecciones legislativas de 1933	293
Diputada por Granada	313
La revolución de Asturias	325
Julio de 1936	337
El exilio	355
El triunfo del espíritu	375
Bibliografía	397
Anexo. Correspondencia con Juan Negrín	403
Recepción del libro	409
Índice onomástico	413
Agradecimientos	439



Maria Lejarraga

LA PRESENTE EDICIÓN

«Cuando descubrí a María y empecé a leer su historia, me enamoré perdidamente de ella. Es imposible no quedar fascinado, porque tenía un talento increíble y una personalidad magnética». Así manifestaba la directora sevillana Laura Hojman, autora de la multipremiada *A las mujeres de España. María Lejárraga* (2022), los motivos que la habían llevado a dedicar su película documental a una escritora borrada de la historia canónica como tantas otras a lo largo de los tiempos. Sólo que, en su caso, con la particularidad de que había sido la propia María quien escondió su nombre y su autoría bajo la ingente producción de un marido, el emprendedor Gregorio Martínez Sierra, tan hábil para gestionar como remiso para tomar la pluma y llenar la página en blanco.

Aunque Laura Hojman, gracias a las amplias virtualidades que otorgan la pequeña y la gran pantalla, y a su exquisita sensibilidad como directora, ha colocado el nombre y la peripecia vital de la autora riojana al alcance del gran público, esa absoluta fascinación y la seducción por una historia que intriga y que admira, que cuestiona y que sorprende, que nos hace plantearnos por el profundo venero de creatividad y por la valentía de una mujer sin parangón en las primeras décadas del XX, pero también interrogarnos por los ocultos motivos que guiaron un comportamiento absolutamente incomprensible desde el horizonte de planteamientos y de expectativas de comienzos del siglo siguiente, ya habían sido, no obstante, despertadas en mí hace casi treinta años, cuando tuve la fortuna de escuchar a Antonina Rodrigo pronunciar una conferencia sobre ella en abril de 1994, en el marco de las “Jornadas Cultura, Mujeres, República”, celebradas en el hermoso Palacio de la Madraza de la Universidad de Granada. Allí habló pormenorizadamente a un cautivado auditorio acerca de la protagonista de su entonces último libro publicado.

En lo que era la primera edición de una serie que ahora culmina con la presente, una mujer de luz hacía aflorar a otra mujer desde las sombras que tanto tiempo la habían rodeado. Y así, apenas dos decenios después de la muerte de una casi centenaria María de la O Lejárraga García (fallecida en 1974 en su exilio bonaerense), Antonina Rodrigo certificaba, mediante

un impecable y documentadísimo proceso de investigación (infinitamente más dificultoso en un tiempo ajeno a medios informáticos, digitalizaciones de archivos, etc.), que había sido la pluma de quien fuera amiga querida y admirada de Juan Ramón Jiménez o de Manuel de Falla, y a lo largo de décadas de silencio, la que había tejido una extensísima obra, literaria, dramática y periodística que se había publicado con el nombre de su marido, el avisado dramaturgo y promotor cultural Gregorio Martínez Sierra, un marido al que quiso, pero al que se sintió paradójicamente atada, ella, que había defendido los derechos y las libertades de las mujeres por los caminos de toda España.

En el capítulo «Dependencia intelectual» que encontramos en esta biografía *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*, Antonina Rodrigo lo deja claro: «La lealtad fue una de sus claves personales y no en el sentido de valor absoluto; en ella entrañó la generosidad, la abnegación, la renuncia, en aras de su otro yo: Gregorio Martínez Sierra. Desde un principio María fue el timón. Después se supo utilizada, conscientemente manipulada más tarde; pero para ella lo importante era sentirse útil y necesaria en aquella secreta alianza con su amado Gregorio. Le bastaba con saberlo satisfecho, desde la incipiente popularidad de sus comienzos, a la gloria oficial y sus privilegios más tarde. Lo fue aupando en un pedestal, lo sostuvo como creador y lo mantuvo con su silencio como dramaturgo. [...]

La dependencia intelectual de Gregorio respecto a María era total. Leyendo su epistolario está permitido pensar que Martínez Sierra era incapaz de escribir no ya una comedia sino una carta de pésame, unas cuartillas para presentar un acto, un prólogo, sus conferencias... En ellas es constante el apremio y en ocasiones llega a la coacción y al autoritarismo para que María escriba y le mande comedias, colaboraciones, traducciones... A menudo, entre los elogios y la frase cariñosa, desliza con premura y vehemencia el encargo».

Y continúa Rodrigo desentrañando lo que ella considera las claves de este inexplicable proceso de dilución de la propia autoría, de la propia configuración como sujeto creador, que se deslíe en la firma del otro, entendido casi a veces como una suerte de «empresa editorial». De este modo, en el capítulo titulado «La República: “La alegría más grande de mi vida”», podemos leer: «Lealtad y cariño, dos palabras que definen la personalidad y la vida de la escritora. Solo esta indesmayable entrega pudo mantener sin fisuras, una de las alianzas más extraordinarias, por insólitas, de la literatura española».

Para la presente edición de esta biografía imprescindible que abrió el iniciático surco de un camino ahora muchas veces transitado y frecuentado por lectores y estudiosos, pero que en su momento constituyó una

señal de alerta de incalculable valor, se ha considerado interesante incluir documentación adicional, un anexo dedicado a la «Correspondencia con Juan Negrín» y otro sobre la «Recepción del libro» por parte de una serie de intelectuales y escritores. Ambos ofrecen al lector actual documentos valiosos.

Decía María Lejárraga que «La patria no existe sino para aquellos que han sabido crearla dentro de sí mismos». La patria de escritores y lectores nunca deja, en realidad, de ser el libro. Sean, por tanto, estas palabras finales una cordial invitación para habitarla.

AMELINA CORREA

INTRODUCCIÓN

Este generoso libro de Antonina Rodrigo suscita en mí recuerdos entrañables, ya que tuve la fortuna de gozar de la amistad de María Martínez Sierra.

Murió esta inolvidable amiga en Buenos Aires hace ya más de veinte años. Su pluma discreta, silenciosa, nobilísima, no la dejó nunca de sus manos, aunque su nombre no apareciera en público ni casi en privado. Vivió muchos años en Madrid, en su juventud y temprana madurez, en el brillante mundo de los escritores del modernismo, del teatro y de significativas empresas culturales (editorial Renacimiento, teatro experimental o nuevo en el Eslava madrileño...). Procuraba en esos círculos andar de puntillas para que sus pasos no se notaran ni distrajeran la atención de los que podían seguir el camino de su esposo Gregorio. Abeja diligente, procuraba melificar, como diría Rubén Darío, sin que se escuchara el rumor de sus alitas. Esposa enamorada, entregó toda su labor creadora al exclusivo nombre de su esposo, su colaborador desde antes del matrimonio, sin que le faltara tiempo para sus tareas de maestra nacional en aquellos años iniciales; y después de consejera, compañera de trabajo y amiga constante del marido.

Solo recibió a cambio, puede decirse, el uso nada español de los apellidos de Gregorio, que ocultó desde entonces su nombre civil de María de la O Lejárraga García, nacida en San Millán de la Cogolla, pueblo que parecía marcar con el recuerdo de Gonzalo de Berceo su vocación literaria.

Yo la conocí en las Cortes en 1933, en el segundo bienio de la República española. Una tarde, el presidente de las Cortes, Santiago Alba, con su voz vigorosa, dijo desde su sillón, campanilla en mano: «La señora Lejárraga tiene la palabra».

No conocía yo ninguna diputada de ese nombre, y vi que se levantaba en su escaño mi compañera María Martínez Sierra. Me alegró que fuera ella: nada menos que la esposa de un comediógrafo que yo admiraba desde que vi, siendo un mozalbeta, la comedia *El ama de la casa*. Esta obra me impresionó tanto, que no he olvidado algunas de las palabras de su diálogo y algunas de sus situaciones. Pocos años después, siendo ya estudiante en

la Universidad de Granada, el padre de un compañero, infatigable y culto jefe de estadística, nos describía *Canción de cuna* y declamaba:

*Habéis venido aquí para escuchar un cuento
y os han hecho saltar las tapias de un convento.*

Era muy tensa la situación política de España a fines de 1933 y en 1934. La política de los gobiernos de signo adverso a los de las Constituyentes era de franca regresión. El paro obrero y campesino, este sobre todo, se había agudizado. Se derogaban leyes de protección social, se dictó amnistía prematura para los condenados por la sublevación de agosto de 1932. Arrogante y agresiva, la minoría monárquica de las Cortes se veía asistida tácitamente por algunos partidos que no acababan de declararse republicanos. La situación política y social de Europa alcanzaba límites dramáticos. Tres tremendas dictaduras totalitarias imperaban al lado del temor de los escasos países democráticos.

María Martínez Sierra, siempre en su escaño, escuchaba en compañía de otra mujer admirable: Matilde de la Torre. Rara vez intervenía en los debates, que seguía atentamente. Le ilusionaban reformas sociales avanzadas. Dedicaba mucho tiempo a la Asociación Femenina de Educación Cívica por ella fundada y dirigida, que tenía su sede en la propia plaza de las Cortes. Allí me llevó a pronunciar una conferencia que escucharon con toda atención. Creo que hablé de mujeres españolas en el Siglo de Oro. La acompañé a uno de sus frecuentes viajes a Granada, su distrito electoral. Hablamos en algunos actos en la capital y en Guadix. En esta última villa, afectada por el gran paro campesino, sufrí fuerte impresión. Una viejecita me enseñó un puñado de hierbas comestibles que llevaba en la mano. Me dijo que era todo lo que tenía para comer con sus nietos.

La primera legislatura de aquellas Cortes (1934) tuvo para nuestro grupo una clausura amable: María nos había invitado a un té servido con finura y amistad en su casa. Se atenuó el pesimismo que me embargaba: pocos días antes había ocurrido la huelga de campesinos de agosto de 1934. Intervine en el debate que suscitó la minoría socialista, con el propósito de evitar la huelga y encontrar una solución conciliadora. Incluso se suspendió la sesión unos momentos para tratar de conseguir un arreglo en conversación de puerta cerrada. No se logró. Mi visión de Guadix no encontraba remedio razonable en la huelga revolucionaria. Vino el exilio, y desde Argentina me escribía esta ilustre María Martínez Sierra, que colaboraba en el periódico *El Tiempo* de Bogotá, a indicación mía, con la simpatía del inspirador de este diario, el ilustre estadista colombiano don Eduardo Santos.

Excelente y necesaria esta labor de Antonina Rodrigo: integrar en la historia de nuestra cultura valores considerables, sin cuya presencia nues-

tras raíces son entecas, es la tarea que realiza con el estudio al que ha dedicado sus esfuerzos en memoria de María Martínez Sierra, que, ensayista y narradora, comediógrafa, periodista, mujer de acción intelectual, alma generosa penetrada no solo del más delicado sentimiento de solidaridad, sino del más entrañable empeño de la caridad que es amor al género humano, se incorpora a los conocimientos de las generaciones jóvenes con este libro de Antonina Rodrigo.

JOSÉ PRAT



PRÓLOGO

Antonina Rodrigo tiene ya tras sí una extensa obra. Sus estudios biográficos están relacionados, las más de las veces, con el mundo lorquiano, como lo atestigua la simple mención de sus libros¹.

Como lorquista que soy –entre otras cosas, naturalmente–, como lorquista, sí, puedo deciros con alguna justificación que la aportación de Antonina Rodrigo al conocimiento de la vida y de la obra de Federico García Lorca ha sido luminosa y extraordinaria, tanto por el número como por el valor de sus precisiones biográficas, críticas y documentales. Porque Antonina Rodrigo no es biógrafa que se contente con remodelar la vida de sus personajes, apoyándose únicamente en el trabajo anterior de otros, sino que, investigadora además de biógrafa, siempre consigue descubrirnos aspectos desconocidos de ellos. Con tenacidad admirable, nunca ha ahorrado esfuerzos ni tiempo en hemerotecas, archivos y bibliotecas o en relacionarse con personas que hayan tenido alguna vinculación significativa con sus biografiados.

Pero su generosidad de espíritu no la ha permitido quedarse confinada dentro de los límites del campo lorquiano. Ahí está su biografía del *Doctor Trueta, héroe anónimo de dos guerras* (1977) –cirujano cuyos nuevos métodos tanto contribuyeron a aliviar el dolor de los heridos en la guerra de España y en su continuación, la Segunda Guerra Mundial– y que, en cierto modo, un monumento de gratitud solidaria alzado por Antonina Rodrigo.

Otro centro de atención, para Antonina Rodrigo, es la mujer, mejor dicho, mujeres de España. ¿Puede explicarse el desarrollo de la más reciente historia de España sin su aportación, abnegación y sacrificio? Diríase que Antonina Rodrigo tiene presente aquella marmórea dedicatoria que el general Vicente Rojo puso al frente de su libro *Así fue la defensa de Madrid:*

1. *Mariana de Pineda, heroína de la libertad* (con cinco ediciones: 1965, 1977, 1979, 1984 y 1993); *Margarita Xirgu* (con cinco ediciones: 1974, 1980 [2], 1984 y 1988); *García Lorca en Cataluña* (con dos ediciones: 1975 y 1985); *Lorca-Dalí, una amistad traicionada* (1981, finalista del Premio de Planeta «Espejo de España») y *Memoria de Granada: Manuel Ángeles Ortiz y Federico García Lorca* (1984 y 1993).

«A la mujer española, abnegada, heroica, ejemplar entre todos los horrores, la angustia y la desesperanza. Porque a cada hora de la batalla de Madrid, no hubo virtud de que no diera ejemplo. Y hoy, cuando nadie recuerda lo que recibió de ella, sigue perpetuando, anónima, su vida sencilla: sigue erguida y en calma, sin rencor por el daño que le han hecho».

«Hoy, cuando nadie recuerda» –triste, amarga, dolorida frase la de Vicente Rojo—. Pero Antonina Rodrigo sí recuerda; y aún más: trata de hacernos recordar, ha procurado que recordemos, cuál ha sido el papel de la mujer en nuestra historia reciente, mediante su trilogía *Mujeres españolas*, inapreciable colección de semblanzas, cuyo primer volumen, *Las silenciadas*, ya salió a la luz en 1979, 1988 y 1989, y al que muy pronto, seguramente, seguirán *Las exiliadas* y *Las olvidadas*.

Una mujer española exiliada y silenciada y olvidada es esta María Lejárraga, cuya biografía Antonina Rodrigo nos entrega ahora.

Y llega el momento de preguntarse: ¿cómo es posible que haya permanecido en el olvido la autora de casi cien obras de teatro, novela y ensayo; la novelista de *Tú eres la paz* (1906), que cuenta con más de cincuenta ediciones hasta hoy; la creadora de *Canción de cuna* (1911), seguramente el mayor éxito internacional del teatro español contemporáneo, anterior a *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca; la inspiradora de *Noches en los Jardines de España*, de Manuel de Falla, y del *Álbum de viaje*, de Joaquín Turina; la libretista de *El amor brujo* y de *El sombrero de tres picos*, de Falla; y de *Navidad*, *Jardín de Oriente* y *Margot*, de Turina; y de *Las golondrinas* y *La llama*, de Usandizaga?

Las causas de este olvido, y de otros, son incontables. La primera de todas, y principal, el continuo fusilamiento de la cultura española perpetrado, durante casi medio siglo, por ese innombrable que en estos días nos quieren resucitar; otra, la disgregación o difícil comunicación interna; otra, la diáspora de tantos españoles, entre ellos la propia María Lejárraga; y, por último, la mezquindad final de su marido, junto con la constante malignidad de la actriz Catalina Bárcena. Esa malignidad de la Bárcena hizo imposible la publicación de las obras completas de María, incluso bajo el nombre de Gregorio Martínez Sierra, en el momento oportuno. Durante muchos años han estado, en los estantes de mi despacho en Aguilar, esas obras, marchitándose. Es incalculable el daño que, a veces, los herederos de los autores causan a la difusión de las obras literarias. Aunque parezca increíble, tampoco ha sido posible, desde los años cuarenta, reeditar las obras completas de Valle-Inclán, por diferencias entre sus herederos. En nuestra Ley de la Propiedad Intelectual debería haber una articulación que protegiera las obras de los autores de los desmanes de sus herederos.

Cuando cae la República asesinada, cuando comienza el gran exilio, María Lejárraga tiene ya sesenta y cinco años. Atrás deja toda una vida y

una obra, y esta puesta bajo el nombre de otro. El exilio para nadie fue dorado, nunca lo es; para los más, campos de internamiento en Francia, compañías de trabajo forzado en el desierto argelino, clandestinidad, combates en Noruega, Italia y Oriente Medio; lucha guerrillera en Francia, campos de exterminio nazis; y en los casos menores, un largo tiempo de sospecha, de indiferencia, de orfandad o desprecio. Recuerdo aquella dolorida carta de *Elena Fortún*, desde Buenos Aires, donde relataba al editor Manuel Aguilar la incredulidad con que se la escuchaba cuando iba por allá diciendo que era, que había sido, una escritora de éxito en España.

Terminada la pesadilla nazi en Europa, María Lejárraga consigue pasar de Francia a los Estados Unidos, llegar a Hollywood, donde, en los años treinta, se habían hecho películas de sus obras. En vano. Solo logró que un argumento suyo, *Merlín y Viviana*, presentado a Walt Disney, le fuera robado, ya que poco después se llevó a la pantalla con el título *La dama y el vagabundo*. El desengaño la llevó a México. En 1949 traduje yo el libro *De mis últimos años*, de Albert Einstein, su testamento moral, científico y político. En España no se pudo publicar; Aguilar lo envió a su sucursal de México. Publicado allí, en su portada, y refiriéndose a mi traducción, se leía: «Revisión general por María Martínez Sierra». Se me pidió que, como traductor, no me diera por ofendido, pues aquello no tenía otro sentido que ayudar, de algún modo, a una exiliada. Hoy, ahora que Antonina Rodrigo nos muestra qué clase de mujer, qué gran mujer, fue María Lejárraga, siento el orgullo de que al menos una vez he estado en su compañía, de haberle dado un motivo de contento: «Se siente contenta de corregir la edición y ponerle un prólogo a *De mis últimos años*, de Einstein» —observa Antonina Rodrigo al llegar a este momento de la vida de María Lejárraga.

Silenciada, exiliada y olvidada, María Lejárraga fue, sobre todo, una olvidada de sí misma. Salvo en certificados, pasaportes u otros documentos oficiales, nunca aparece con su nombre y apellidos. En la vida común y corriente siempre se hizo llamar María Martínez Sierra. De ahí la sorpresa de don José Prat cuando, en las Cortes de 1933, oyó a Santiago Alba decir: «La señora Lejárraga tiene la palabra». «No conocía yo —nos refiere don José Prat— ninguna diputada de ese nombre y vi que se levantaba de su escaño mi compañera María Martínez Sierra».

Leyendo la biografía de María Lejárraga escrita por Antonina Rodrigo, continuamente nos acompaña esta pregunta: ¿por qué, siendo ella la verdadera autora de las obras, permitió que estas se estrenaran o publicaran bajo el nombre de Gregorio Martínez Sierra? ¿No se contradice esta conducta suya en lo literario con la de esa María Lejárraga impulsora y defensora de los derechos de la mujer, y con su activismo político igualitario?

María Lejárraga solo publicó, con su nombre y apellido, su primer libro, *Cuentos breves* (1899), para niños. Su familia acogió con indiferencia esta publicación. Y María se dijo: «No volveréis a ver mi nombre en la portada de un libro». No, no es explicación suficiente; simplemente, una rabieta. Recordemos que María era maestra. Su vinculación con el entonces extravagante modernismo literario podía poner en peligro la seguridad, como único ingreso fijo, de su hogar. Lo único cierto, en esta cuestión, es que María Lejárraga nunca trató de borrar, destruir, los años felices de su juventud junto a Gregorio, los de los primeros libros y los primeros estrenos; los de *Helios* (1903-1904), la gran revista del Modernismo, y tantas otras cosas que la vida le deparó en compañía de Gregorio. «Cosas del corazón», como se suele decir. Inexplicables casi siempre, para los demás.

María Lejárraga, una mujer en la sombra, nos devuelve a una mujer excepcional. Era, sin duda, un libro difícil de escribir. Tantos años de vida, tan fructífera labor, tantos avatares, podrían haber convertido la tarea en inacabable. Además, al reivindicar para María Lejárraga lo que siempre fue suyo, existía el riesgo de caer en la denostación del otro, de Gregorio Martínez Sierra. Antonina Rodrigo, fiel en todo momento al espíritu de María Lejárraga, no destruye, pone orden, distribuye en los estantes, por separado, las pertenencias de cada uno. De esta manera, no solo restituye a María Lejárraga lo que le pertenezca, sino que, por otra parte, nos permite conocer el gran papel desempeñado por María y Gregorio en el desarrollo del Modernismo en España, en la renovación del teatro español, en la modernización del panorama musical español. Los capítulos en que nos describe la amistad de María con Juan Ramón Jiménez, o con Manuel de Falla, o con Joaquín Turina, o con Santiago Rusiñol –con interesantísimas aportaciones documentales de primera mano–, no solo proyectan luz sobre el carácter –siempre espontáneo y generoso– de ella, sino que nos proporcionan un conocimiento mayor, directo, de estos excepcionales amigos, tan difíciles a veces, como fueron Juan Ramón Jiménez y Manuel de Falla. «¿De qué material humano estaba hecha –se pregunta Antonina Rodrigo– para lograr obtener y mantener esos armoniosos y apasionados estados convivenciales con seres tan difíciles como su propio marido, Juan Ramón Jiménez y Manuel de Falla?» Por último, los capítulos que Antonina Rodrigo dedica a la intensa vida social –pedagógica, feminista y política– de María Lejárraga, en una España en la que casi todo estaba por hacer, reflejan, minuciosa y dramáticamente, el importante papel desempeñado por esta mujer en las luchas solidarias. Estamos, pues, ante un libro hermoso sobre una mujer de corazón hermoso, fértil, reivindicadora y solidaria.

Biografía es, literalmente, descripción de una vida. La biografía se opone a la historia por la singularidad de su objeto: el individuo. La biografía es descripción de una individualidad, y aunque parezca apartarse un tanto de esta para enmarcarla en su situación histórica, remite siempre al foco del sujeto biografiado.

CARLOS CASTILLA DEL PINO



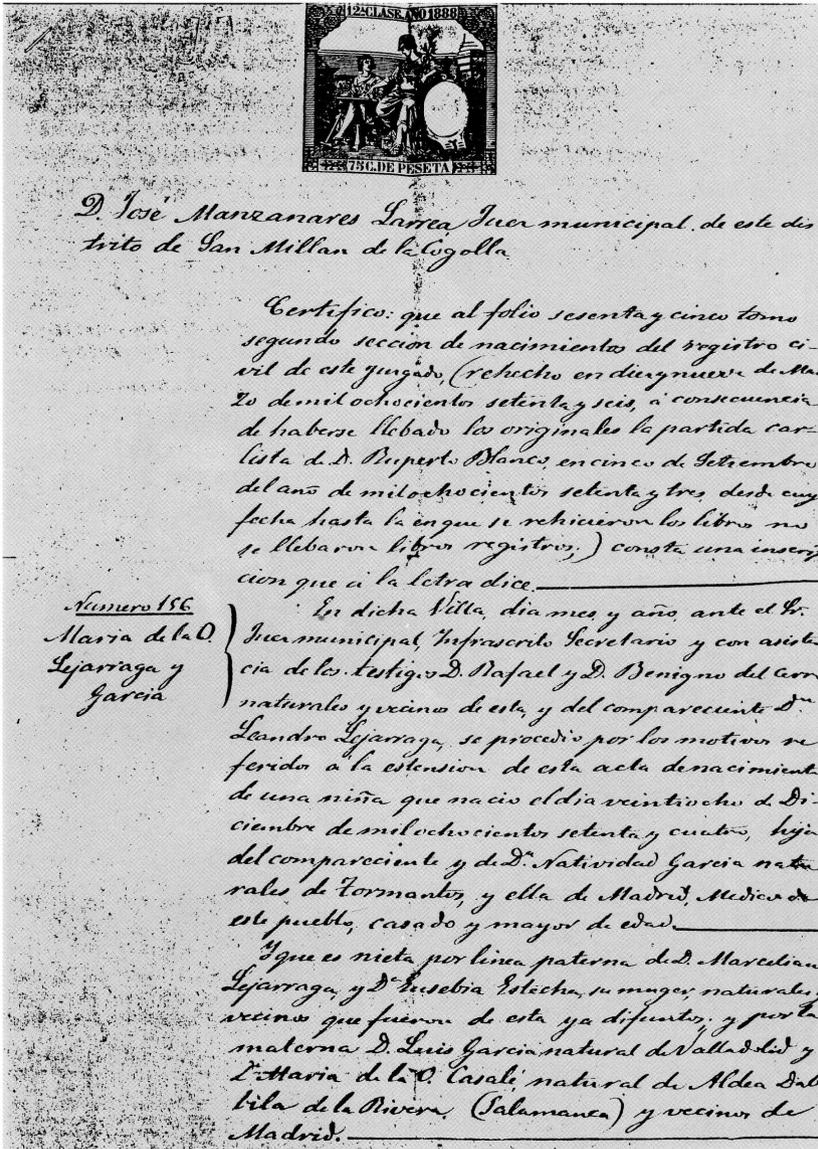
Leandro Lejárraga y Natividad García, padres de María Lejárraga,
en el día de su boda

EL ESPLENDOR DE LA INFANCIA

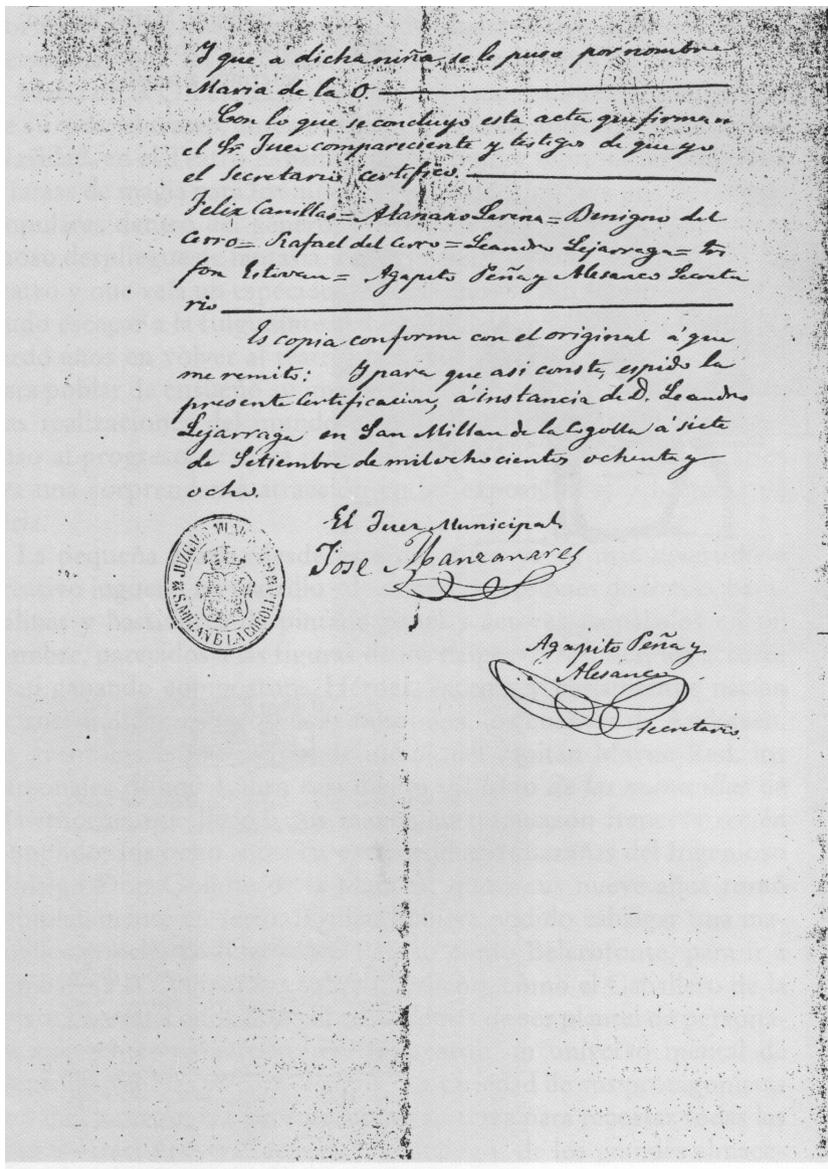
La infancia de María de la O Lejárraga García fue el huerto claro de su vida. Su extraordinaria memoria retuvo para siempre los paisajes ensoñados de los valles riojanos y conservó como un resplandor el recuerdo de aquel tiempo feliz. En realidad, su infancia fue la única época de su dilatada existencia que solía evocar y de la que escribió complacida, como si de un cuento de hadas se tratara.

Nació María de la O en San Millán de la Cogolla (Logroño), a las cinco de la tarde del 28 de diciembre de 1874. Aquel día navideño de los Santos Inocentes, la nieve con su blanca luminosidad dilató el crepúsculo y dio claridades al abismo de la noche demorada. Era el primero de los siete hijos del matrimonio formado por Leandro Lejárraga, natural de Tormantes (Logroño), y de Natividad García (Madrid). La ternura, que hasta el final de sus días mantuvo unida a la pareja, fue para sus hijos espejo de convivencia. Leandro Lejárraga era médico titular de San Millán de la Cogolla, situado en lo más hondo del valle, a la sombra de los dos monasterios, el de Yuso o de abajo y el de Suso o de arriba, este de factura visigótica mozárabe de los siglos VI a X, cuna del idioma castellano, en cuyas cercanías, a fines del siglo XII, nació Gonzalo de Berceo, clérigo poeta, primer representante de la escuela del «mester de clerecía», iniciador de la rima en los balbuceos de la lengua castellana que él llamara *román paladino*. A consecuencia de diferentes expulsiones, los monjes benedictinos abandonaron sus claustros: 1809, 1820, 1835, en 1878 lo ocuparon los agustinos¹.

1. La ausencia de los monjes benedictinos de los valles riojanos supuso una crisis para los gremios y oficios: labriegos, pastores, zapateros, tejedores de cáñamo y lino que se cultivaba en el valle, y las actividades de notario, escribano y canónigos que trabajaban en la botica del monasterio, cuyos ungüentos y pócimas servían a los pueblos de alrededor. Agradezco la información de los datos de San Millán de la Cogolla a don Tarsicio Lejárraga, cronista oficial.



Partida de nacimiento de María de la O Lejarraga García



Partida de nacimiento de María de la O Lejárraga García

Al médico titular de San Millán de la Cogolla pertenecían las aldeas vecinales de sonoros nombres: Lugar del Río, a dos kilómetros, con sus treinta vecinos: carboneros, leñadores, ganaderos; Óllora, hoy desaparecida, Pazuengos y Villanueva. Para estas tres aldeas, aunque del partido judicial de Santo Domingo de la Calzada, la titularidad del médico correspondía a San Millán, partido de Nájera. Otros pueblos del frondoso valle de San Millán eran Berceo, Estollo y San Andrés y los pueblos limítrofes, a unos seis kilómetros a la redonda: Villar de Torres Badarán, Cordovín y Villaverde de Rioja. El valle de San Millán y sus aldeas quedaban aislados por las tempranas nieves de la Sierra de la Demanda. Bajo el manto invernal desaparecían los precarios caminos y veredas, no aptos para carruajes ni siquiera en tiempos veraniegos, pues el estrechísimo desfiladero impedía a la diligencia entrar en la hoz, y los viajeros se veían obligados a apearse en un punto determinado y continuar su camino a lomos de caballerías.

El propio padre de María de la O la asistió al nacer. Ser médico rural en la época significaba conocer todos los resortes y reacciones del cuerpo humano, conocimiento que facultaba para ser especialista en las más diversas ramas, incluso en la cirugía, en la que gozó merecida fama de operador. Así, las manos de su padre, que fueron las primeras en sostenerla, iban a ser su asidero en días de silencios dolorosos. Siempre agradeció María al destino haber nacido en la hora primera del amor de sus padres. Su calidad de primogénita le concedió un estatuto de hermandad y complicidad en sus vidas y futuros avatares, como privilegiado y directo testigo. Compartió pronto con ellos sus mayores tesoros: su inteligencia y su cultura. Lectores apasionados, a los tres años introducían a su hija en el maravilloso mundo de ninfas, faunos, ondinas, sirenas, dríadas de los cuentos fantásticos, y más tarde le descubrían los héroes y dioses de la mitología griega, alternándolos con los pastores de Belén y los magos de Oriente. Le inculcaron el amor a la belleza y a la libertad. De los hondones de su prodigiosa memoria rescataría el hecho del primer intento infantil de hacer efectiva su libertad. No podía precisar qué injusticia o sinsabor doméstico la impulsó a abandonar su hogar «para siempre». Y así se lo comunicó a su padre, que sin contrariarla la abrigó cuidadosamente y le abrió la puerta de par en par. Nevaba copiosamente y la desertora comenzó a andar. No recordaba cuánto duró aquella exploración de nieves vírgenes, ni si alguien la rescató; ni cómo regresó a su casa; pero como ninguna herida le quedó de la aventura, al no haber reproches ni burlas a su retorno al hogar, agradeció siempre a sus padres que hubiesen respetado aquel impulso.

La vida de María en los valles riojanos duró hasta los cuatro años. De ellos conservó vivencias precisas, como la imagen de las mujeres hilando en la rueca el lino y el cáñamo, y tejiendo en telares manuales. O la llegada

de los pacientes de las aldeas circundantes a pagar los honorarios por la asistencia médica de su padre, no en moneda de plata u oro que circulaba en la época, sino en especies: miel, leña, carbón, cereales, el rubio trigo que se amontonaba en las salas bajas; o las visitas al gallinero y la suavidad palpitante de los polluelos, y, sobre todo, la belleza del paisaje: para siempre se le quedó en la sangre el amor a los montes, a los monasterios, a las praderas, a los bosques de hayas y sus desiertos senderos.

La pequeña María, en compañía de su familia, deja atrás para siempre su mundo agreste hacia 1880. Los brazos de su tío la transportan y aúpan, aquella mañana, a una caballería, para cruzar el desfiladero del valle. Después, en volandas, la suben a la diligencia, que conducirá a los Lejárraga a la estación de Logroño. Y allí, en el bufete de la estación, repleto de objetos fascinantes, le espera el deslumbramiento. El camarero la instala ante una mesa, donde están los servicios del desayuno; aquellos platillos, tazones, cucharillas, copas, botellas, en perfecto orden sobre el mármol blanco, refulgen a la llama de los mechones de gas, que reproducen y magnifican los grandes espejos del salón. Sus ojos vírgenes, acostumbrados a la luz temblorosa del velón de aceite de San Millán, se extasían ante aquel resplandor. Después sabrá que no había misterio, sino una forma de civilización; pero en aquel momento todo es demasiado nuevo para no creer en la maravilla. Todavía la espera la sorpresa del tren, que los llevará a Madrid. Pero como si aquel día hubiese agotado su capacidad de asombro para siempre, aunque no su interés de todo lo nuevo, no volvería a experimentar aquella sensación rayana en el prodigio. Ni con el teléfono que unos años antes, en 1876, había inventado Graham Bell; ni con el micrófono y el fonógrafo, de Edison, en 1877; ni con la lámpara incandescente, del propio Edison, en 1878; ni con el primer rascacielos de Chicago, en 1883; ni con la vacuna contra la rabia, de Pasteur, en 1885; ni con las ondas electromagnéticas, de Hertz, en 1886; ni con el cine de los Lumiere, en 1895; ni con los rayos X de Röntgen; o el primer vuelo en aeroplano de Ader, en 1897...

Los Lejárraga dejaron los valles riojanos por los aledaños de la capital de España, que las gentes todavía llamaban Villa y Corte. Madrid preparaba la boda del viudo rey Alfonso XII con la archiduquesa de Austria doña María Cristina. Al día siguiente de nacer María, el 29 de diciembre de 1874, el pronunciamiento del general Martínez Campos, en Sagunto, trajo a este rey para restaurar la dinastía borbónica, tras el breve reinado de Amadeo de Saboya y la Primera República. El príncipe Alfonso, de diecisiete años, fue proclamado rey de España. Era el hijo de Isabel II, la reina destronada por la revolución «Gloriosa», en 1868. Antonio Cánovas del Castillo constituyó y presidió un gobierno provisional, llamado Ministerio-Regencia. Cánovas

organizó un tipo de monarquía constitucional «a la inglesa», con su propio partido, el *conservador*, y el *liberal* de Práxedes Mateo Sagasta.

El doctor Lejárraga fue trasladado a Buitrago, como médico titular. Pertenecía el pueblo a la provincia de Madrid y estaba al pie de la Sierra de Guadarrama, en el valle de Lozoya, formando un conjunto mudéjar, con su castillo y recinto amurallado y un hospital del siglo xv. Las nobles residencias, con jardines y bosques, que en tiempos pasados habían ocupado las familias de los duques del Infantado o los de Osuna, se fueron convirtiendo en instituciones religiosas de beneficencia, asilos y reformatorios.

Más tarde lo nombraron médico titular de las carreteras de Madrid, Toledo y Extremadura. En el pueblo de Carabanchel Bajo asistía al asilo de niñas huérfanas de la parroquia de Santa Cruz, al asilo de ciegos, al de inválidos del Trabajo, a la casa para niñas convalecientes, sucursal de la Inclusa de Madrid... Algunos de ellos estaban instalados en la magnífica posesión de recreo que perteneciera al opulento banquero don José de Salamanca.



El padre de María Lejárraga, médico rural, visitaba a los enfermos a caballo

El doctor Lejárraga fue pronto figura popular, montado en el caballo *Ponrot*, que se detenía espontáneamente a la puerta del ventorro Casa Civilo, en donde dejaban sus avisos los enfermos².

Las afueras de Madrid eran lugares donde merodeaba y malvivía un lumpen que no tardaría en inmortalizar Pío Baroja en *La lucha por la vida* (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*). El ambiente de desamparo y miseria del chabolismo. Un mundo de traperos y gentes marginadas, camorristas, desafiantes, malhumorados, a quienes el primer vaso de vino o anís «marratas» se les agriaba en sus estómagos vacíos y podía despertar en ellos los más brutales instintos. De aquellos suburbios ascendía cada mañana a Madrid una auténtica corte de los milagros, cohorte de tuertos, lisiados, ciegos, mutilados, escuálidos, niños alquilados, que cada día asediaban, apostados en las puertas de las iglesias y en las calles de Madrid, exhibiendo sus mentidas llagas y cegueras como medio de vida. Toda esta miseria era la clientela del doctor Lejárraga. En uno de los orfanatos estaba la vivienda de don Leandro. Aquel ambiente de orfandad, miseria y desamparo fue para la niña María y sus hermanos la «esencia misma de la vida». Los asilados eran sus compañeros de juego, y a la hora de la merienda, en ocasiones, compartían el mismo trozo de pan seco que recibían los demás niños. Sus clases, dormitorios, refectorios o enfermerías no tuvieron secretos para ellos, con esa familiaridad con que la infancia acepta, como normales, los ambientes en que crece, por muy duros que parezcan desde afuera. Estos ambientes y los personajes que los poblaban iban a nutrir la obra de María.

María de la O Lejárraga descubrió lo que iba a ser la gran pasión de su vida: el teatro, antes de cumplir los seis años. En Madrid, por Navidad, en el Teatro Español era costumbre representar comedias y farsas de magia para los niños. *La pata de cabra*³ era una de las más populares dentro del

2. El pleno municipal de Carabanchel rechazó hace tan solo un año la colocación de una placa en la calle Sombra, donde María vivió 20 años, según denuncia David Val el 8 de junio de 2022 en *Por Carabanchel* (artículo reproducido luego en *A voces de Carabanchel*, <https://www.avocesdecarabanchel.es/historia-carabanchel/pleno-carabanchel-ignora-maria-lejarraga-vecina-mas-ilustre>), revelando al menos una preocupante ignorancia sobre una personalidad imprescindible de nuestra historia contemporánea, patrimonio común desestimado con los votos de Partido Popular y Ciudadanos y la abstención de Vox.

3. *La pata de cabra*, traducida de la obra francesa *Le pied de mouton* (1816), se representó hasta 1825. Juan de Grimaldi, empresario del Teatro del Príncipe, la acomodó más tarde a usos y tipos españoles y la reestrenó con el título *Todo lo vence el amor o la pata de cabra*. En 1853, Manuel Tamayo, en colaboración con el maestro Barbieri, Gaztambide, Inzenga y Hernando, escribió la segunda parte de *La pata de cabra*, con el título *Don Simplicio de Bobadilla*, que no le agradó al público. Cf. San José, Diego, *El Liberal*, Madrid, 1-5-1932, p. 8.

género, porque en ella concurría el más fastuoso despliegue de fantasía. Era la primera vez que la niña pisaba el teatro y que veía un espectáculo. Tras aquella representación ya no pudo escapar a la fulgurante seducción del juego dramático. Luego tardó años en volver al teatro; pero fue suficiente aquella función para poblar de ensueño su imaginación virgen de imágenes visuales. Las realizaciones del mundo científico y técnico, que iban a dar paso al progreso, eran ya inminentes; pero todavía la luz eléctrica era una sorprendente atracción en las exposiciones y barracas de feria.

La pequeña María, desde este día, tuvo ya su más divertido y creativo juguete: un teatrillo «de cartón con telones de fondo, bambalinas y bastidores de pintado papel y actores empalados en un alambre, parecidos a las figuras de los naipes». Después, los actores irían ganando compostura. Héroe, escenas y parlamentos nacían de sus abundantes lecturas de mitología, los cuentos de Andersen; las aventuras en las tierras de indios del capitán Mayne-Red; los personajes de aquel libro casi divino, *El libro de las maravillas* de Hawthorne, que llegó a sus manos en traducción francesa recién cumplidos los ocho años; las extraordinarias hazañas del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que a sus nueve años tomó completamente en serio. ¡Quién hubiera podido cabalgar una maravillosa noche de luna sobre Pegaso como Belerofonte, para ir a combatir a la Quimera, o sobre Clavileño, como el Caballero de la Triste Figura! Todos estos libros, además de ser plantel de personajes sugerentes para su teatro, le crearon un universo mental de aventuras viajeras ya para siempre. La variedad de sus protagonistas de papel y cartón era enorme, como su traza para recortar todas las figuras atractivas y variadas de los catálogos de los grandes almacenes que llegaban de París, impresos en papel cuché. Aquel teatrillo hogareño, con el tiempo, fue enriqueciendo su estructura, que la niña manejaba improvisando todos los papeles. En el transcurso de la infancia a la adolescencia esta afición se fue fortaleciendo como una realidad pasional proyectada hacia su futuro.

El primer título académico al que la mujer española pudo optar fue el de maestra. Una real orden de 24 de febrero de 1858 creó en Madrid la Escuela Normal de Maestras, bajo la dirección de la Junta de Damas de Honor y Mérito. Existían dos grados: el *Elemental*, con las asignaturas de gramática, aritmética, religión, pedagogía, lectura, escritura y labores; y el *Superior*, con las de geometría, geografía e historia de España. Pero estos conocimientos no eran tan decisivos para obtener el título como el concedido al capítulo de labores: clara manifestación de la falta de preocupación por educar a la mujer intelectualmente, fundándose en los falsos y explotados criterios de su incapacidad fisiológica para el estudio. La materia de labores aparece unida al origen de la formación pedagógica femenina.

La primera vez que en nuestra legislación se cita la educación de la mujer es en 1695, mientras que la necesidad de enseñar a las niñas no se proclama hasta 1768, en una real cédula del 14 de agosto. Esta proclamación no tendrá categoría oficial hasta que se promulgue la real cédula del 11 de mayo de 1783, en la que se crean treinta y dos escuelas gratuitas donde las niñas aprenderán a leer, religión y labores comunes. Pero estas escuelas no funcionarán a pleno rendimiento hasta el siglo XIX. De ahí que en España la educación en general y la femenina en particular quedaran rezagadas en su avance, con relación a otros países europeos.

María de la O Lejárraga no asistió a la escuela. Su madre fue su maestra hasta que inició los estudios superiores. No solo le enseñó a conocer las letras, sino matemáticas, geografía, latín... y hasta el valor de un buen razonamiento. Era María de inteligencia clara e intuitiva, llena de curiosidad por desvelar el misterio de las cosas por sí misma. Doña Natividad, educada a la francesa, les daba a sus hijas las clases en castellano y en francés. El ejercicio de los dos idiomas, desde tan temprana edad, le proporcionó tal dominio de estas lenguas que María solía decir que no sabía en cuál de las dos se expresaba mejor.

María cursó estudios de magisterio y profesorado de comercio. Primero, en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, fundada por Fernando de Castro en 1870. Allí había estudiado su madre y uno de sus profesores fue Francisco Giner de los Ríos. Compañeros de la joven María fueron María Goyri (Madrid, 1873-1955), que andando el tiempo sería la gran colaboradora en la ingente obra de su marido, Ramón Menéndez Pidal, y Mercedes Sardá (Madrid, 1875-1963), que desarrolló una extraordinaria labor en el campo de la pedagogía. La asociación, recordaba María, «despertó en nosotras un ansia de saber inaplacable, una pasión de trabajar sin límites». Allí tuvieron como profesor al geógrafo de fama internacional Rafael Torres Campos, quien también impartía clases en la Escuela Superior de Magisterio, creada para la preparación del profesorado normal. Otros pedagogos eran Antonio Ruiz Beneyán y Calixto García, el famoso jefe rebelde en la guerra de Cuba, profesor de inglés en la Escuela de Comercio. María ingresó en ella a los trece años y, como ya hablaba correctamente francés, le permitieron entrar de oyente en los cursos de inglés, a los que asistía María Goyri.

Fue en 1870 cuando se inició el despegue de la educación femenina en España, al fundarse la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. La asociación la integraban ochenta socias, que además cuidaban del sostenimiento de la Escuela de Institutrices, creada también por Fernando de Castro. La dirección confiada a doña Ramona Aparicio, tenaz precursora de la educación de la mujer que había dirigido la Escuela Lancasteriana

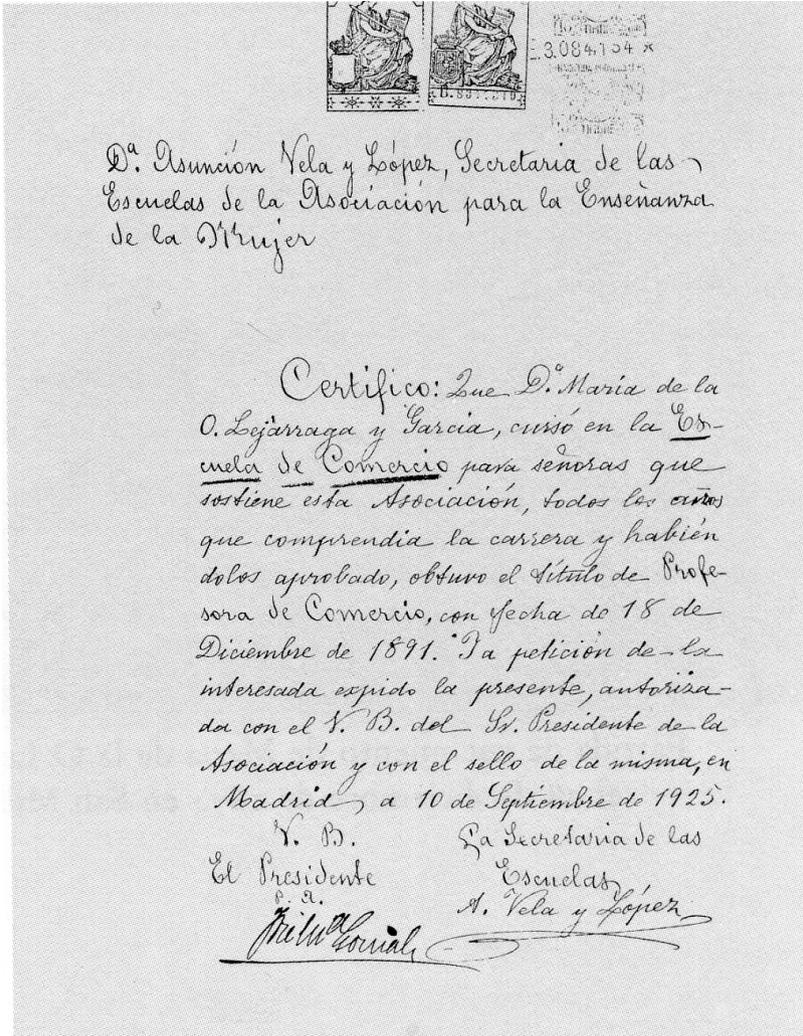
Femenina, fundada en 1820. La Escuela de Comercio para la mujer se inauguró en 1878 y en 1880 nació la Escuela Normal de Maestras, bajo la dirección de Carmen Rojo. Sin embargo, dos años más tarde, en junio de 1882, en el Primer Congreso Nacional Pedagógico, celebrado por iniciativa del Fomento de Artes de Madrid, todavía se puso en entredicho la capacidad de la mujer para la enseñanza de párvulos. Sus detractores sostenían que la mujer podía descuidar sus obligaciones pedagógicas a causa de su instinto maternal. Un gran paladín del profesorado femenino fue Francisco Giner de los Ríos. Su lúcido análisis sobre la competencia y los derechos de la mujer a ejercer la enseñanza a todos los niveles, «lejos del control eclesiástico», hizo triunfar la tesis progresista. Giner de los Ríos fue el fundador, con otros profesores, de la Institución Libre de Enseñanza, en 1876, con el anhelo de renovar la enseñanza en España sobre la base de un humanismo de corte liberal. La Institución Libre de Enseñanza y la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, fundaciones de carácter laico, revolucionaron los métodos pedagógicos en nuestro país.

Importante fue también la Escuela de Correos y Telégrafos, fundada en 1883, destinada a la mujer, con secciones de idiomas, dibujo, pintura y armónium, y escuelas primarias y preparatorias para el ingreso en la Escuela Normal de Maestras.

La mujer española, para llegar a la escuela, y no digamos a la universidad, tuvo que atravesar un inmenso desierto de indiferencia y oscurantismo. Su marginación cultural es legendaria y va unida al nacimiento de la familia patriarcal.

Para María Lejárraga la vocación pedagógica fue herencia de su madre. Era un hecho natural, una continuidad de su propia casa, una casa llena de libros, en donde la madre estableció su propia escuela para sus siete hijos. María y sus hermanos: José María, Consuelo, Luis, Nati, Fernando y Alejandro, no detestaron la escuela, como tantos niños, porque no sufrieron las duras condiciones de los colegios españoles de fin de siglo, desprovistos no ya de calefacción, en los duros inviernos madrileños, sino de las mínimas comodidades. María de la O Lejárraga cursó magisterio, en la Escuela Normal Central de Maestras de Primera Enseñanza, de 1891 a 1894. El 30 de junio de 1894 aprobaba el examen de reválida, con nota sobresaliente, como Maestra de Primera Enseñanza Superior. Tenía María 20 años y vivía con sus padres, en la calle de la Sombra, 16, en Carabanchel Bajo. Al año siguiente hizo oposiciones y obtuvo destino en la Escuela Modelo de Madrid, en la plaza del Dos de Mayo, con un sueldo de 2.250 pesetas anuales.

Su magisterio se extendió de 1897 a 1907. Fue una experiencia inolvidable, que condujo a su manera, como ella entendía la enseñanza, sin coaccionar la naturaleza del niño, porque la seguridad era el vínculo



Certificado de estudios de María Lejárraga en la Escuela de Comercio de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer

más expresivo que había que conservar en él. Desdeñaba las imposiciones de la obediencia ciega de la época y estimulaba a sus alumnos a que se expresaran libremente en sus incipientes escritos y dibujos. A pesar de la falta de comodidad de sus clases, donde se multiplicaban los alumnos, temía siempre que aquel clima de cordial incentivo que se esforzaba por fomentar se estrellara luego, en unos hogares tristes, bajo la hegemonía de unos padres autoritarios y violentos; irascibilidad a que en la mayoría de las casas daba lugar la escasez de medios a causa de los bajos salarios del

proletariado madrileño. En los meses del riguroso invierno las bajas de los alumnos eran considerables.

Al cabo de los años, visitando María un colegio en Bruselas, le dijo al profesor:

–Hoy asistirán pocos niños a clase.

–¿Por qué? –le preguntó con asombro.

–Porque está nevando.

–Entonces –respondió el maestro– habría que cerrar las escuelas en invierno.

Es verdad, estos niños no son los míos, calzados con alpargatas, que los días de lluvia no pueden salir de sus casas por falta de zapatos, abrigos, guantes. Sus manecitas y sus orejas se llenan de sabañones que se ulceran, y a algunos les da aspecto de leprosos; aquellos ojos, aquellas naricitas enrojecidas⁴.

En una entrevista recordaba: «En mis tiempos, en un local capaz para cincuenta niños tenía ciento cincuenta, de todas las edades, desde cinco a dieciséis años. Imposible trabajar en tales condiciones»⁵. Y años más tarde, haciendo examen de conciencia de cómo llegó al socialismo, escribía:

Fui en mi juventud, de los veintitrés a los treinta y tres, maestra de escuela de uno de los barrios populares de Madrid y conocí a fondo, a través de su chiquillería, la miseria negra del proletariado madrileño de entonces. Recuerdo que una vez propuse a mis alumnas, chiquillas de siete a catorce años, el tema de composición siguiente: «¿Qué quisieras hacer tú durante un día entero para ser completamente feliz?» Y recuerdo también –y el corazón se me desgarró recordarlo– que el setenta por ciento de las concursantes respondieron: «Yo iría al café y comería bistec con patatas». «Yo iría de merienda y comería filetes empanados, y merluza frita, y flan de postre». «Yo comería jamón y tortilla, y chuletas, y muchos pasteles». Aún guardaba, cuando empezó la guerra civil española, los pliegos ya amarillentos de papel escolar en que, con mala letra y vacilante ortografía, la niñez madrileña había confesado su hambre; porque ¿qué otra cosa sino hambre cotidiana y sin esperanza puede significar el que las imaginaciones infantiles identifiquen la soñada felicidad con un bistec, un filete o una chuleta?⁶

4. Martínez-Sierra, María, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, México, Biografías Gandesas, 1953, pp. 208-209.

5. «Presencia. María Martínez Sierra, pedagoga», *La Nación*, Buenos Aires, 26-8-1963.

6. Martínez Sierra, María, *Una mujer por caminos de España: Recuerdos de propagandista*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1952, p. 34.

Con estos ejemplos reconocía María Lejárraga que había llegado al «socialismo por mera realización de la miseria ambiente».

El entusiasmo de sus primeros años de magisterio la llevó a fundar y a dirigir en 1899 la Biblioteca Educativa, que instalaron en el mismo edificio de la Escuela Modelo, «con el objeto de procurar el mejoramiento de la educación de la niñez, tan descuidada desgraciadamente e/n España»⁷. Inició la colección la directora con un libro de *Cuentos breves. Lecturas recreativas para niños*. Este libro fue el único que firmó con su nombre. Al decir de María, en su casa recibieron la obra con indiferencia. La actitud de sus familiares la afectó tanto que renunció a firmar con su apellido: «No volveréis jamás a ver mi nombre impreso en la portada de un libro»⁸. De allí en adelante su *seudónimo* será Gregorio Martínez Sierra.

La falta de condiciones mínimas, la ardua tarea de bregar con tantos alumnos de edades diversas, la modestia de su sueldo, toda esta durísima labor, en palabras de María, era:

dulcificada por el encanto de la tarea en sí, que respondía a mi verdadera vocación, la enseñanza. ¡Qué inmensa alegría contribuir a despertar la inteligencia infantil, ir la formando y modelando con orgullo de artista! Pero todo mi entusiasmo docente se estrellaba ante las pésimas condiciones de la escuela española, y acabé renunciando a ella por no ser cómplice del Estado en su absurdo empeño de idiotizar criaturas⁹.

No obstante, a lo largo de su vida siempre salía a relucir el periodo de su actividad pedagógica, y en una de sus últimas entrevistas, al preguntarle:

–Si volviera usted a nacer, ¿qué querría ser de nuevo?

–Maestra de escuela, con muchos, con muchos chiquillos a mi alrededor. Los años más felices de mi vida fueron los que pasé, recién casada, en una escuela municipal del barrio de Argüelles. Sentir el calor de los niños, sus preguntas, su curiosidad, esa mirada que se clava en la nuestra, esperándolo todo de nuestra palabra, para mí es algo inefable¹⁰.

7. Lejárraga, María de la O, *Cuentos breves. Lecturas recreadas para niños*, Madrid, Imprenta de Enrique Rojas, 1899. Estos *Cuentos breves* han sido reeditados por Isabel Lizárraga Vizcarra junto a otros textos (Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004).

8. Martínez Sierra, María, *Gregorio y yo, op. cit.*, p. 29.

9. Martínez Olmedilla, Augusto, «Un día de María Martínez Sierra», *ABC*, Madrid, 31-9-1931.

10. Massa, Pedro, «María Martínez Sierra o una voz casi del más allá», *La Prensa*, Buenos Aires, 10-11-1974.

EL TEATRO, ÁMBITO DE ENCUENTRO

A finales del siglo XIX los madrileños de las clases medias veraneaban en los alrededores de Madrid. Entonces Carabanchel era un pueblo, lo suficientemente próximo y lejano a la vez para acoger a familias que necesitaban para sus hijos expansión y cambio de aires. En el estío de 1897, dos familias amigas de crecida prole volvían a encontrarse, como otros veranos. La del doctor Lejárraga, médico de la localidad, con sus siete hijos, y la de los Martínez Sierra, acomodados industriales, con nueve descendientes. Los niños eran amigos de veraneo y juegos. Los padres tenían ocasión entonces de comprobar los cambios, estirones, tropiezos, enfermedades, fracasos escolares, que habían afectado la vida de sus respectivos hijos a lo largo del año. Las dos familias tenían una amistad antigua y ocasional de vacaciones. Con tantos niños, y lejos de la capital, eran frecuentes las epidemias, las pedradas, las picaduras de insectos, los cólicos, las caídas... de los chiquillos en libertad; de ahí que las buenas artes del doctor Lejárraga fueran requeridas con frecuencia. Los médicos, entonces, no tenían vacaciones. Las dos familias provenían de medios diferentes. Los Lejárraga eran gentes de cultura y de ciencia; de escogidas y abundantes lecturas, con biblioteca propia, en parte heredada, con lo que suponía esto de tradición subyacente para los niños. Los Martínez Sierra, en cambio, venían del comercio y la industria, capaz y emprendedora, con visión de futuro, que comprendieron pronto la importancia de la recién nacida electricidad e introdujeron en España las primeras instalaciones, arrojando riesgos y peligros ante la pobreza de improvisados medios. El primer éxito fue un arco de triunfo iluminado eléctricamente para celebrar un fausto palaciego. Fueron los inventores de un teléfono de campaña que el ejército español empleó durante largo tiempo.

Los hijos mayores de ambas familias se llamaban María y Gregorio. María era ya maestra de una escuela municipal de Madrid, con títulos de Comercio y de profesora de idiomas. Gregorio estudiaba Filosofía y Letras. Como ella le llevaba casi seis años, Gregorio, aunque se conocían desde hacía tiempo, era el amigo de sus hermanos menores. Los separaba

la diferencia de edad. Pero aquel verano, en una noche de fiesta con baile y fuegos artificiales en la plaza pública, empezaron a hablarse. Ninguno de los dos bailaba y, sin saber cómo, juntaron esa especie de desasosiego de la persona que no participa en el jolgorio de la multitud que la rodea. Al poco tiempo se vieron enzarzados en una conversación literaria. Pasaron horas, la plaza se iba vaciando y aquellos dos conocidos, que antes, cuando se veían ocasionalmente, se saludaban con indiferencia, descubrieron que compartían cosas esenciales: la pasión por el teatro y su formación francesa. El abuelo de Gregorio, el iniciador e impulsor de la Compañía Eléctrica Sierra, hombre tenaz e intuitivo, hacia frecuentes viajes a Francia para ponerse al corriente de los nuevos avances y descubrimientos en el sector eléctrico. Abuelo y nieto se adoraban. No solo Gregorio era el preferido, por ser el primogénito, sino que la curiosidad, la viveza y retentiva del chiquillo le encantaban a este innovador, que veía en él un posible inventor y seguidor de su industria, cuyo próspero comercio de material eléctrico abría las puertas en un inmueble de su propiedad en la calle Mayor. Allí había nacido su nietecillo el 6 de marzo de 1881. Gregorio fue siempre un niño enclenque, debilucho, tímido, reflexivo, propenso a la meditación y a la exaltación, que admiraba la fortaleza del abuelo, un hombre progresista, con gran capacidad organizativa, que se crecía ante las dificultades. El abuelo le explicaba sus aventuras y toda clase de peripecias vividas. De él heredó su infatigable espíritu de empresa y la curiosidad por todo lo nuevo. Todo lo opuesto eran sus padres, ultraconservadores y duros, católicos dogmáticos e intransigentes. El contacto del abuelo con Francia llevó a Gregorio al Liceo Francés. Así que, antes de conocer a Carlos V, supo de las campañas de Carlomagno, y antes que a Lope de Vega leería a Racine y a Corneille.

El personaje central de la infancia de Gregorio Martínez Sierra fue su abuelo. La firma Sierra había instalado la electricidad en el Teatro de la Comedia, desterrando el alumbrado de gas. En aquellos balbuceos del nuevo sistema de iluminación, los apagones estaban a la orden del día. Por ello asistía a las representaciones un técnico de la casa, para vigilar cualquier avería y tranquilizar al espectador del peligro real que representaba, entonces, la precaria instalación eléctrica.

Un día, el abuelo le prometió al nieto que al domingo siguiente iría al teatro. De la mano del obrero, el niño llegó a la Comedia. Para su seguridad lo metieron en la concha del apuntador y desde allí presencié la función. Fue una experiencia inolvidable, deslumbrante, para este niño introvertido que iba a repetir cada domingo durante mucho tiempo. Y así descubrió el teatro, que sería la gran pasión de su vida. El escenario fue, desde su primera infancia, la caja mágica en donde la palabra rompía

las barreras de su timidez congénita. La caja de resonancia que le daba seguridad y hacía estallar sus complejos, su inadaptabilidad. Sin advertirlo, aquellas citas semanales con el paraíso del teatro proporcionaron a Gregorio un insólito sentido de la técnica dramática, el ritmo de la acción escénica y el artificio de la puesta en escena. El teatro por dentro y por fuera, con todos sus secretos.

Como para su amiga María de la O Lejárraga, el teatro fue su juego favorito de infancia. Dialogaba cuentos para su teatrillo de cartón, y a los diez años ya formó su primera compañía de *actores* con sus hermanos y amigos. Para esta ocasión realizó una versión libre de *Robinson Crusoe*, de Defoe. En el Liceo Francés había descubierto la literatura clásica francesa, pero sus lecturas preferidas eran las obras de Corneille y de Racine. A los catorce años organizó una compañía de actores aficionados que llamó El Porvenir, con obras adaptadas de novelas.

Entre María y Gregorio se intensificó la amistad alentada por los gustos comunes, tanto literarios como teatrales. Primero fue pura complicidad intelectual. Luego, el buen humor de María, su inteligencia, su sensibilidad, acabarían determinando un acercamiento más profundo. Para un ser como Gregorio, esta atmósfera propició su reciprocidad y pronto cuajó en una temprana colaboración e, inadvertidamente, en refugio y querencia. A los dos los apasionaban Shakespeare y Galdós.

Ambos conocían y apreciaban también el teatro francés, la cultura clásica, la naturaleza, los viajes, la conversación; cultivaban la amistad y un compañerismo de buena ley, algo inaudito, entonces, entre personas de distinto sexo. María, a través de Gregorio, fue conociendo los entresijos de las tertulias literarias, a las cuales las mujeres no tenían acceso. Los cafés solían ser los principales escenarios de la vida pública española. Eran los cenáculos no solo del arte y la literatura, sino también donde se urdían pactos políticos. A la mujer estos ambientes le estaban vedados. Mientras el joven Gregorio se relacionaba con escritores y poetas, a María, su condición de mujer y además de maestra le impedía frecuentar estos círculos, hubiese sido motivo de escándalo. Pasaron años antes de ser presentada a Jacinto Benavente, amigo y mentor de Gregorio, a quien el dramaturgo llamaba en sus cartas «amado discípulo». Benavente leyó sus primeros escritos y alentó su vocación. María, coautora, continuó en la sombra, a pesar de que el primer libro de Gregorio, *El poema del trabajo*, fue escrito ya en colaboración. El prólogo y la influencia de Benavente hicieron posible su publicación. El origen de su amistad fue el amor al teatro, sobre todo al de Shakespeare, así como su gran afición a representar. El 10 de septiembre de 1899, en colaboración con el grupo llamado Teatro Artístico, en el Teatro de las Delicias de Carabanchel Alto escenificaron *La fierecilla domada*, de

Shakespeare. Benavente interpretó el papel de Petrucchio, el domador de la tarasca; Gregorio hizo de Grumio, el fiel escudero; Pedro González Blanco representó a Daniel. Catalina, la protagonista, fue la entonces actriz novel Concha Catalá.

María y Gregorio Martínez Sierra pertenecieron al Modernismo. Estuvieron inmersos en la polémica generacional, cultural y social que levantó en España el movimiento modernista, una de las controversias más tumultuosas de la época. Sus adversarios y detractores fueron los componentes de la generación del Noventa y Ocho. La lucha dialéctica, y en ocasiones física, se libró en los cafés y redacciones; pero, sobre todo, su latido vivo y palpitante se reflejó en las revistas de la época, que se sucedían sin tregua, como un frente activo en defensa del Modernismo. Los más jóvenes se rebelaron frente a las normas establecidas de pasados valores patrioterros, defendían el «gusto y el *derecho* a lo moderno». Considerando Modernismo en arquitectura las construcciones de hierro; en música, las obras de Wagner; en pintura, a Morelli y Munkácsy. En las mismas publicaciones, sus antagonistas, autoritarios y mordaces, exponían su intolerancia, frente al entusiasmo que provocaba y capitaneaba el ídolo de la juventud: Rubén Darío.

Martínez Sierra se encontraba en su elemento en el ambiente apasionante del mundillo artístico-literario que empezaba e iba a ser la savia de su vida. Abandonó los estudios de Derecho por los de Filosofía y Letras, pero su paso por esta facultad iba a ser tan efímero como por la otra; al ser suspendido en la Historia Crítica de España abandonó la universidad para siempre. De esta encrucijada de su vida escribió:

por entonces yo tosía desafortadamente y veía la vida en gris; sin duda estaba destinado a morir joven y a vivir triste. Pero la voluntad tenaz de una mujer desvió suavemente la rueda del destino, y dejé de toser y aprendí a reír. Yo soñaba con escribir versos llenos de música y de mitologías; de buena fe, veía detrás de cada árbol una hamadriada, y bajo cada gota de agua, su náyade correspondiente¹.

Esta mujer era María de la O Lejárraga, el talismán que iba a permitirle el logro de anhelos y ambiciones, la gran colaboradora y mentora intelectual; que, además, solucionaría generosamente los prosaicos, pero ineludibles, problemas del vivir cotidiano. En la maestra encontró a una

1. «Habla el poeta», *Renacimiento*, pp. 458-459. Citado por Goldsborough Serrat, Andrés, *Imagen humana y literaria de Gregorio Martínez Sierra*, Madrid, Gráf. Córdor, 1965, p. 16.

mujer segura, con profunda formación, sólidas facultades de asimilación, un desarrollado sentido crítico, algo no común en aquella época de su peditación y dependencia de la mujer al padre o marido. Desde el retrato que le hizo Emilio Sala, María nos mira con sus ojos negros, sombríos y tiernos, enmarcados por arqueadas y pobladas cejas oscuras, en un rostro redondo, bajo una abundante cabellera, pómulos rosados y prominentes y una boca pequeña, bien dibujada, que entreabre una leve sonrisilla. Es un rostro agradable, pero, sobre todo, exhala esa ternura que todos refieren y que, junto con su conversación animada y culta, le proporcionaba una indudable capacidad de seducción, capaz de atraer a hombres tan exquisitos como Juan Ramón Jiménez, Manuel de Falla, Usandizaga, Turina... y, sobre todo, al declarado antifeminista Santiago Rusiñol.

Una tarde de julio de 1899, en el café de la Montaña, Gregorio asiste con su amigo de juventud, José Ruiz-Castillo, a un desgraciado y célebre lance de resultas del cual va a quedar mutilado el intelectual y personaje más popular de la bohemia madrileña: Valle-Inclán. El escritor gallego pontifica sobre el desafío pendiente entre un dibujante portugués y un muchacho andaluz, tras una discusión en un aguaducho del paseo de Recoletos, sobre la valentía de españoles y portugueses. Don Ramón –según relato del testigo, el dibujante Francisco Sancha– habla del código de honor del *Tratado de los rieptos e desafíos*, de mosén Diego de Valera, y de los más modernos que rigen los lances entre caballeros, a lo Cabriñana o a lo San Malato. El periodista vasco Manuel Bueno, que acababa de llegar, le dice:

–No se canse usted, Valle; el duelo no se puede celebrar, porque Leal da Cámara es todavía menor de edad...

–¿Qué entiende usted de eso, majadero...? –replica, airado, Valle.

La primera reacción de Manuel Bueno es la de agredir con su bastón al vate gallego, el cual se defiende esgrimiendo una botella que tiene asida por el cuello. La cosa, aparentemente, no tuvo mayores consecuencias. Solo que un gemelo del puño de la camisa de Valle le ha herido la muñeca. Aquel pequeño rasguño no preocupa al escritor, pero a los pocos días la infección inflama la mano. El médico teme un proceso de gangrena y acaban por amputarle el brazo. De ahora en adelante, la fantasía del escritor hilvanará, en torno a su brazo mutilado, las historias más truculentas, a tenor de la corte de seguidores que le toca en suerte.

Los amigos de Valle-Inclán deciden organizar una colecta de fondos para comprarle un brazo artificial. Para ello se puso en escena su drama *Cenizas* y la comedia en un acto *Despedida cruel*, de Benavente. La función se celebró en el Teatro Lara el 7 de diciembre de 1899. En el reparto de la comedia figuraban Benavente y Martínez Sierra. Hay una fotografía que

nos devuelve la curiosa estampa de los dos improvisados actores dándose la réplica, donde se aprecia su notorio parecido físico.

María y Gregorio, antes de ser novios, ya habían escrito y publicado cuatro libros: *El poema del trabajo*, en 1898; *Cuentos breves*, en 1899; y *Flores de escarcha* y *Almas ausentes* en 1900. Dos de ellos editados con sus ahorros. Esta incansable confrontación de ideas, el consolidar impresiones, hacer proyectos, los unió intelectualmente para siempre. Un entendimiento semejante no es cosa gratuita, se construye. Y así surgió o provocaron el amor. Compartían demasiadas cosas, tenacidad, ambición, sueños literarios, inexperiencia, rebeldía, para dejar ilesos los resortes del sentimiento amoroso. En la época no era posible tanta asiduidad sin un compromiso social. Quizá los demás descubrieron sus sentimientos antes que ellos. En casa de María no acababan de ver aquella alianza, el padre conocía la tremenda tara familiar de los Martínez Sierra. Los hermanos de María, amigos de infancia, caricaturizaban afectuosamente el aspecto ratonil de Gregorio: figura minúscula, mirada viva e inquieta, orejas despegadas y picudas. A los Martínez Sierra les resultaba un tanto chocante la diferencia de edad, sobre todo a la madre, mujer tradicional y piadosa. Una de las escasas disensiones que a menudo se suscitó entre María y Gregorio fue la religiosa. Ella era hija de padre racionalista y madre católica, educaron a sus hijos sin torturas metafísicas, con plena libertad de creencias. María sería practicante hasta los veintitantos años. Gregorio, que pertenecía a una familia intolerante en cuanto al acatamiento de los dogmas, rechazó por reacción los convencionales postulados religiosos a que lo habían sometido duramente. Pero esta disparidad de criterios no iba a prolongarse durante mucho tiempo, ya que María se apartó de la Iglesia.

En 1900 María y Gregorio decidieron casarse. El novio tenía veinte años, la cabeza llena de sueños y la tuberculosis latente de los Martínez Sierra. La novia era una mujer sana y activa, con gran predisposición de ánimo, acostumbrada a no arredrarse ante las dificultades.

Por entonces les ocurrió algo extraordinario y oportuno, el premio de una novela corta, *Almas ausentes*, por la que recibieron la cantidad de mil pesetas, suma muy respetable entonces. La vivienda conyugal fueron las mismas habitaciones que ocupaba María en su escuela municipal, con su tía Carmen, su marido y los tres hijos del matrimonio, por estar mal visto que una mujer maestra y soltera viviera sola. Todavía en 1923, el «Consejo de Educación de la Escuela» establecía en sus contratos a las maestras una serie de *acuerdos* para ocupar las plazas durante el curso de ocho meses, que se iniciaba en septiembre: